

**Julia Viejo**



**En la celda**



**había**

**una**



**luciérnaga**



*Relatos*





Una vez, la perrita Blackie vio un fantasma, pero el fantasma no la vio a ella.

Mala pata: así nunca pudieron creer el uno en el otro.

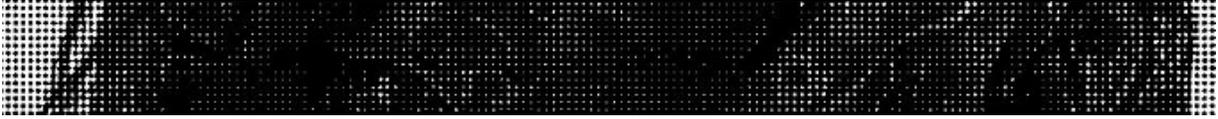
**En la celda había  
una luciérnaga**  
Relatos

## Índice

Portada  
En la celda habia una luciernaga  
Créditos  
Prólogo. Una galleta que se llama como yo  
Luciérnaga  
El ayuno  
La fantasma  
El niño gilipollas  
Bosques Hoy  
Inventario  
Pequeños aviones batiendo las alas  
La siembra del rayo  
Prendas  
El menú del fin del mundo  
El hombrecito  
La lumbre  
El gordo  
Segurísimo  
El balneario  
Nuevo Mundo  
Dos puntos, cierra paréntesis  
Romance en el sótano de la parroquia  
La Niña Mayor  
Churros  
Un sol en la frente  
Historia Universal  
Cherry Coke  
Hay que matar a las comadrejas  
Los sobrinos del Capitán Grant  
Hipermercado  
Un dragón

Tradición oral  
Una patata  
Una chica  
Idealista  
Calderilla  
La momia  
La España vaciada  
Agradecimientos





JULIA VIEJO nació en Madrid en 1991. De pequeña no hacía ruido y siempre se olvidaban de que estaba ahí. Leía indistintamente cuentos, poesías y cajas de cereales. En el colegio, durante una época, se hizo pasar por su propia hermana gemela. En el instituto empezó a hacer teatro y nunca más pudo dejarlo. Su primer trabajo consistió en cuidar a unos insectos palo. Estudió Traducción e Interpretación y un Máster de Edición, trabajó en varias editoriales independientes y acabó de librera en una gran cadena. Todo le gustaba mucho, pero con el tiempo pensó que eran maniobras de distracción para no hacer lo que realmente quería hacer, que era escribir. Ha participado en la antología *Cuadernos de Medusa* (Amor de Madre, 2018), ha colaborado en medios como *Zenda* o *Qué Leer* y le hizo a Ana María Matute su última entrevista.

Diseño de colección: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de las ilustraciones de cubierta: Natalia Umpiérrez

© de la fotografía de la autora: Edduardo Viera

© del texto: Julia Viejo, 2022

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency,

[www.ellasher.com](http://www.ellasher.com)

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: Newcomlab

Primera edición digital: febrero de 2022

ISBN: 978-84-19172-02-0

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*A mi abuelo Paco y a mi abuela Pili, que me hacían reír.*

Esta tierra llena de gentes  
que esperan el carnaval para  
ponerse unos bigotes  
postizos; esta tierra con  
fiestas de cumpleaños, con  
perros, con manzanas, con  
sueños, con lluvias, que traga  
muchachos y devuelve  
campanillas azules (...).

ANA MARÍA MATUTE,  
*Luciérnagas*

## **Prólogo**

### **Una galleta que se llama como yo**

El tanatorio de San Isidro es un lugar donde no hay cabida para muchas sorpresas. La flora de la entrada es muy típica, cipreses y nomeolvides, probablemente plantados por un genio de la jardinería, y dentro hay baldosas de mármol donde resuenan los zapatos de la gente viva. Todo brilla mucho y los sillones lucen un tapizado terso como si nunca se hubiera sentado nadie en ellos. Desde la cristalera del piso de arriba se ve toda la pradera de San Isidro, y si tienes la suerte de ir en el mes de mayo además verás tómbolas, castillos hinchables, coches de choque y una noria gigante (y bueno, quizás a alguna pareja restregándose contra la tapia). Supongo que hace tiempo que la muerte dejó de ser un velatorio de mimbre y persianas echadas. Lo que no cambia es que al entrar todos miramos el reloj, preparados para cronometrar el tiempo exacto que vamos a tener que aguantarnos el ataque de pánico.

Tal vez porque el tanatorio no es lugar para sorpresas me parece curioso contar que hace unos años, en una de mis visitas, después de una sesión de abrazos y pésames y risas (todo el mundo ríe mucho en los tanatorios, aunque parezca una frivolidad), me senté en la cafetería (todo el mundo come mucho en los tanatorios, aunque sea sin hambre), abrí la carta y de pronto leí:

Napolitana

2,25 €

Croissant	1,75 €
Julita	2,50 €

No voy a negar que me hizo ilusión ver escrito mi nombre, en su forma diminutiva además (que no muchas personas utilizan), en la carta de comidas de un tanatorio. Por supuesto, en un ataque de narcisismo, inmediatamente pedí la julita sin preguntar qué era. Ni que decir tiene que me sentí rarísima (animo aquí al lector o lectora a que haga la prueba de pedir un plato con su nombre en diminutivo: «¿Me trae un Pablito, por favor?» o «Tomaré un Jorgito, gracias»).

Después de un rato de nervios me trajeron la julita en un plato. Era una galleta pequeña estilo *cookie*, con trocitos de caramelos de colores. La julita, dispuesta sin ceremonia alguna en el centro del plato de Duralex, formaba un sencillo bodegón de desamparo. No sé si es que me sentí identificada con ella, pero verla ahí sola, con los trocitos de colores clavados por todas partes como metralla dulce, me conmovió de una manera extraña.

*A posteriori* muchas veces he buscado en Google «julita» como término de repostería y no he encontrado nada. ¿Quién inventó esa galleta? ¿Solo se sirve en esa cafetería? ¿O es que acaso lo soñé? Y si así fuera, ¿qué significa soñar con reencarnarte en una galletita de un tanatorio?

Desde entonces empecé a fijarme en que la vida gasta sus pequeñas bromas, incómodas e insólitas, en los peores momentos. Un tiempo después, me encontraba en la sala de espera del hospital donde estaba ingresado mi abuelo en una de las semanas más tristes de la historia de mi familia, cuando a primera hora de la mañana, medio aletargada, me arrastré hasta la máquina de café de la UCI para echarle algo de combustible al cuerpo y, de pronto, en una pequeña

pantalla junto a la hilera de botones, aparecí yo bailando. No era un reflejo, ni un espejismo, era yo misma bailando con una taza de café en la mano. Tardé unos segundos en recordar que un par de años antes había grabado ese anuncio de café para una agencia de publicidad y ahora estaba condenada a bailar hasta la eternidad en 720 megapíxeles en medio de un hospital de extrarradio mientras la gente se moría alrededor.

Lo cierto es que la vida siempre se me ha hecho más llevadera cuando he creado una narrativa con sus detalles, aunque solo fuera para animar, ya no un momento triste, sino un rato de aburrimiento. Una de las primeras veces que lo hice conscientemente fue con diez u once años, esa edad en la que ya estás en la cúspide de la cadena trófica de los niños (y no sabes que pronto volverás a caer a lo más bajo de la siguiente cadena, la de los adolescentes). Estaba en un parque con los hijos de unos amigos de mis padres, y el mayor y yo nos aliamos para engañar a su hermana pequeña, pronunciando un conjuro que le hizo creer que habíamos entrado a una dimensión nueva. Nada más decirlo, de pronto a lo lejos, en el hueco entre dos edificios, vimos pasar a un galgo. Era un galgo de tamaño monstruoso, y lo más sorprendente, iba sin dueño y sin correa, y durante unos pocos segundos caminó ante nuestros ojos con parsimonia, como una criatura mitológica en una ciudad arrasada. Incluso para mí, que me creía a punto de jubilarme de mi propia infancia, fue algo tan extraordinario que durante mucho tiempo me costó creer que ese prodigio de animal no fuera fruto de un viaje entre dimensiones de verdad, sino tan solo un figurante obediente saliendo en sus tiempos después del «acción», cerrando por todo lo alto mi improvisada película de fantasía.

Ahora, unos años después (no muchos ni tampoco pocos) ya no me conformo con quedarme para mí esos momentos insólitos, sino que los comparto por escrito y además me invento muchos más, tal vez con la intención de engañar durante un rato a más personas, aunque ni ellas ni yo somos ya niñas ni estamos en lo alto de ninguna cadena trófica. Nuestros pensamientos se han corrompido a favor de una visión práctica, y tal vez por eso necesitamos los cuentos más que nunca, aunque a veces no acaben bien, o aunque simplemente no acaben, porque al menos los cuentos conservan una narrativa en la que la recompensa está en el camino, no en el fin. Aunque, por otro lado, y pido perdón por esta contradicción, en la mayoría hay que descubrir el final para darse cuenta de lo que ha pasado antes.

A veces escribir te obliga a acumular más preguntas que respuestas, hasta llegar a un punto en que ya no te caben en casa y necesitas donarlas a alguien, si es que alguien quiere quedarse con ellas. En junio de 2014 gané el primer certamen de relatos de mi vida, y en el acto de entrega de premios leyeron mi cuento en público. El texto terminaba con una frase en el aire en la que la protagonista, después de darle muchas vueltas a la sensación de que se había olvidado algo en casa, por fin se acordaba de lo que era. Al final del evento muchas personas se me acercaron para preguntarme con fervor qué era lo que se había olvidado, a lo que yo me encogía de hombros mientras pensaba: «Vamos a ver, señora, si se lo digo deja de existir el cuento». Supongo que, sin darme cuenta, ese día y esa conciencia de mi propio texto fueron el tímido inicio de mi carrera literaria, que coincidió además con que el día anterior se había muerto mi escritora favorita, a la que también le gustaban mucho las paradojas (hasta el punto de que en una ocasión pidió a los

lectores que si alguna vez tropezaban con sus personajes o sus historias, por favor se las creyeran, porque se las había inventado). Una vez más, con esta coincidencia de momentos, la vida me gastaba una broma con bastante contenido literario para usar en los futuros prólogos de mis libros.

Pido perdón por esas preguntas arrojadas sin respuesta, pido perdón también por hablar de mí misma con tanta obscenidad, ya que normalmente solo me gusta hacerlo a través de las ficciones (creo además que esa es la manera más genuina de conocer a una persona, mientras lleva puestos disfraces de otras cosas). Pido perdón si lo que escribo son tan solo desvaríos, juegos o anécdotas de alguien siempre en busca de una explicación de lo absurdo. Últimamente he descubierto que hay más personas a las que les interesa lo que cuento, y a las que, de hecho, les ha parecido buena idea publicar esto que ahora tienes en las manos. Hasta el momento solo unos pocos habían mostrado interés por ello, entre los que destacaba mi abuela, pero en una última broma del destino, mi abuela se fue en la misma semana de primavera en la que nació este libro.

Así que, después de la justificación que nadie había pedido, vuelvo a disculparme por esta obsesión narrativa, del mismo modo que pido perdón a mis plantas por no haberlas regado, con convicción y arrepentimiento, con el pelo sin lavar debido a no sé qué de un apocalipsis que nos tiene a todos encerrados como héroes de otro siglo, y así camino por la casa descalza y medio desnuda mientras murmuro en voz baja: «Lo siento. Me he equivocado. Volverá a ocurrir».

Madrid, primavera de 2020

## Luciérnaga

En la celda había una luciérnaga. Era grande y lenta, una luciérnaga vieja, que no asustaba a nadie y menos a mí. A veces venía e iluminaba los muros y la cama, iluminaba el plato, el vaso y hasta mis huesos pegados por debajo de la piel. Y también iluminaba a Julián, tumbado boca arriba en la parte del jergón más pegada a la pared. Le gustaba escribir allí con el dedo y el polvo de los desconchones. Componía unas frases absurdas que solo se le ocurrían a él, y cuando terminaba se limpiaba la yema del dedo en la punta de mi nariz.

Sentía al respirar que el mar estaba cerca. Por las noches me parecía oír el estallido de las olas en el exterior de mis sueños, me revolvía junto a Julián y lo escuchábamos juntos. Era el único momento en el que el miedo de la celda ascendía como el aire caliente hasta el techo, y nosotros en el suelo, llenos de suciedad y paja, respirábamos tranquilos. Pero enseguida, al alba, volvíamos a oír los perros, los caballos y los gritos de los guardias que los hostigaban por el bosque en busca de más como nosotros. El miedo volvía y se instalaba en nuestros estómagos huecos para que nos alimentáramos de él.

«Ojalá nos maten», decía Julián. La primera vez que pronunció esa frase acababa de intentar tragarse los cristales rotos de un candil que alguien había olvidado dentro de la celda en los primeros días. Se los saqué uno a uno de la boca y le hice prometer que nunca volvería a hacer nada semejante. Cicatricé sus heridas con mi propia saliva y con la suya. Fue un matrimonio líquido. Aquel día aprendimos a hacer el amor encima de la podredumbre y